

Los precios públicos, otra vez

Ocurre cada tantos meses. El año pasado ocurrió en enero, abril y setiembre. Ahora, vuelto enero, acontece nuevamente: ANCAP anuncia el aumento de los precios de los combustibles, que arrastran a los del transporte; UTE hace lo propio con los precios de la energía eléctrica; ANTEL con los de las comunicaciones telefónicas; OSE, con los del agua corriente... En los periódicos, el tema domina las primeras planas. En los hogares, la gente se pregunta: ¿Cómo vamos a sobrevivir?

El tono del comentario periodístico de hoy se inscribe en una larga tradición, que la prensa compartía con la actividad política, cuando había. "Un nuevo tarifazo se abate sobre la población indefensa. Nuevamente se recurre al fácil expediente de hacer pagar al consumidor". "La situación de las familias trabajadoras se vuelve insostenible". Frases como éstas han sido estampadas, una y otra vez, en gruesos titulares, y han suscitado expresiones de apoyo en innumerables discursos. El análisis económico brilla, en tales planteamientos, por su ausencia. Y ello no es de extrañar, porque el público, que siente que el alud lo tapa, no está con el ánimo para análisis. Máxime que los análisis siempre terminan con recomendaciones que tardan años en surtir efectos, y lo que se necesita en la emergencia son soluciones instantáneas. Algo que salve de la catástrofe. No se precisan economistas. ¿Hay algún taumaturgo en la sala?

Una solución mágica, eso es lo que hace falta. Algo que surta efecto ya, o al menos antes de fin de mes. Incontables imaginaciones se esforzaron incontables veces frente al mismo problema. Las mentes conservadoras han sabido concluir con la idea de bajar los costos en los entes autónomos. Las radicales, por lo general, con una propuesta para nacionalizar la banca. Hace algún tiempo la reforma agraria contaba también con mucho favor.

Luego el tiempo pasa. La gente, mal que bien — lo primero, sobre todo — sobrevive. Otros problemas copan el primer plano. El tema de los precios públicos se retira discretamente al fondo de la escena, donde no le da la luz. Sin inquietudes, sabiendo que ya a volver a ser protagonista. ¿Cuándo es que toca el próximo tarifazo?

Es como un volcán que entra en erupción periódicamente; mientras vomita lava incandescente la gente se ocupa de él, luego se olvida. Pero, bajo la corteza terrestre, las rocas ígneas continúan su incesante desplazamiento. Preparar la

nueva erupción toma tiempo, pero el ciclo debe continuar. Como los ojos no ven, sin embargo, los corazones de los futuros damnificados, por el momento, no sienten.

El volcán tarifario tiene dos mecanismos que funcionan bajo tierra todo el tiempo: uno monetario y uno real. Este artículo sugiere que debe prestárseles atención entre erupciones. Los pueblos que se rehusan mirar bajo la superficie están condenados a padecer tarifazos cada pocos meses.

El mecanismo monetario se llama inflación. Esta hace subir cotidianamente los precios, incluso casi todos los días, el tipo de cambio, y con ellos los costos de producción. Los costos de las empresas estatales suben como los otros; pero sus precios lo hacen más espaciadamente. Por eso en el sector privado la inflación tiene perfil de rampa, y en el sector público de escalera. La rampa es mucho menos dramática, ésa es toda la diferencia.

El aumento de costo lo pagan los consumidores. No cuando les suben el precio. Siempre; desde el primer momento. Si no lo pagan los consumidores, lo pagan los dueños de la empresa; y en este caso los unos y los otros son los mismos.

¿Qué se sugiere? ¿Que no se aumenten los precios? Las empresas, por más estatales que sean, precisan dinero. Si sus ventas no proveen el flujo de caja necesario, tienen que tomarlo prestado. El déficit financiero de las empresas, que en 1982 debe haber superado el 5% del PBI, puede financiarse de una sola manera: con emisión. Y ello hace que los costos de producir combustibles, y energía eléctrica y comunicaciones, los consumidores los paguen cuando compran camisas, o fideos, o mandan arreglar una heladera. ¿Eso es preferible?

Se oye con frecuencia que aumentar el precio al consumidor es el expediente más sencillo y cómodo para el administrador público. No es el caso. Lo más sencillo y cómodo para él es imprimir dinero. Aumentar las tarifas implica un esfuerzo de disciplina que los administradores públicos uruguayos han echado al olvido demasiadas veces. También es cierto que sus críticos, cuando se escandalizan con los aumentos y se olvidan de mirar las cifras fiscales y monetarias, no les estimulan a mantenerse en el camino de la virtud.

¿O se sugiere que las tarifas públicas suben más rápido que los precios en general? Si es así, ello no es cierto. Los productos derivados del petróleo han crecido más velozmente que el costo

de la vida, pero eso no es más que natural en un periodo que abarca los dos shocks petroleros. La energía eléctrica ha decrecido a una tasa anual de 2.8% en el último oncenio, pese al uso intensivo de petróleo en la generación. El precio del agua sencillamente se ha desplomado en términos reales (en 1983 era aproximadamente la mitad que en 1973).

Todo esto, que ilustramos con algunas cifras en un recuadro, no dice mucho, sin embargo, porque los precios no agotan los ingresos de una empresa fuertemente subsidiada como OSE, ni se especifica cuánto ha sido el déficit de UTE. Pero si hay un problema con los entes industriales del estado y la inflación, nosotros diríamos que él consiste en la contribución de éstos al proceso alcista a través de su déficit financiero, en modo alguno en virtud de que las empresas fijan sus precios en forma tal que cubran honestamente sus costos.

El aspecto real de la cuestión concierne la eficiencia de las empresas, o, más bien, su atroz falta de ella. Los precios de las empresas estatales podrían bajarse, ¿qué duda cabe? Bastaría con quitarles los monopolios, dejarles regirse por el derecho privado, para cortar la burocracia y — revolución de revoluciones — poner a su frente gente que entienda de negocios. Pero ciertamente no bastaría con que se dictara un decreto disponiendo que los costos bajen, ni con que los directores se reúnan más seguido para tratar el tema.

En conclusión: Hay café instantáneo; No hay soluciones instantáneas para una cuestión que implica hincarle el diente a la inflación y a la de la eficiencia de las empresas públicas a la vez. Estas cuestiones tienen solución, pero el coro de lamentaciones que se oye unos días en oportunidad de cada ajuste de precios ayuda a encontrarlas más bien poco.

Tendencia de los precios públicos (Precios deflacionados por el Índice de Precios de Consumo)

Precio	Tasa de crecimiento acumulativa anual (1973-83) %
Nafta común.....	0,3
Petróleo crudo.....	7,7
Energía eléctrica (familias).....	- 2,8
Agua corriente.....	- 8,0

Fuentes de los datos: BCU
Tasas calculadas por mínimos cuadrados.

¿Quién denunció jamás con parecida fuerza la patraña?